

tos documentos, porque todos repiten los hechos que dejamos consignados; y como en el plan que nos hemos propuesto no tienen cabida las repeticiones, porque entorpecerian y confundirian la diversidad de los hechos, pasaremos ahora á poner á los niños ante los interrogadores, y se verá una vez mas confirmada la idea de que el espíritu de Dios presidia en sus corazones y en sus lenguas.

V.

LOS NIÑOS ANTE LOS ESCRUTADORES.

Hemos dicho ya que el dia siguiente de la aparicion, segun lo declarado oficialmente por Bautista Pra, amo de Melania, se hizo esta superior á las promesas y amenazas del alcalde de La Saleta, y le contestó que en todas partes diria lo que la hermosa Señora le mandó que dijese: Oigamos ahora al señor Obispo de la Rochelle:

“Me detuve en Corps, fuí al convento en que estaban los dos niños que ocupaban de continuo mi pensamiento, y me acerqué á ellos con una especie de respeto que procuré disimular lo mejor que pude: habian sido visitados y honrados con la visita de la Reina del cielo y de la tierra: ¿podia yo acaso mirarlos con indiferencia? Sin embargo, no debia olvidar que, aunque indigno, me hallaba reves-

tido del carácter episcopal. *Arrodillaos, hijos mios*, les dije, *y recibireis la bendicion*. Pusiéronse, en efecto, de rodillas, y les bendije con una ternura que me esforcé en ocultar. Hice que se levantasen luego, y les invité á que me recitasen una parte de las oraciones que hacian por la mañana y por la noche. Servíame de mortificacion el no expresarles al momento todo el afecto que hácia ellos sentia mi corazon conmovido, y me contenté con imponer por espacio de un minuto mis manos sobre sus cabezas, y darles algunos consejos paternales, concluyendo por abrazar á Maximino, cuyo rostro tuve algunos instantes apoyado contra mi pecho. Pregunté á uno y otro si querian acompañarme á la montaña: Maximino se apresuró á responder que lo haria con el mayor gusto. Melania mas tímida, contestó solamente con algunas señales que manifestaban su alegría y su anhelo por corresponder á mis deseos. Pues bien, hijos mios les dije: no os apartéis de mi lado; y permaneced lo mas asiduamente que podais el uno á mi derecha, y el otro á mi izquierda mientras hagamos el viaje á la montaña.

“No eran todavía las cinco de la mañana cuando salimos de Corps; nuestra comitiva no era muy numerosa cuando nos pusimos en camino; pero luego se aumentó considerablemente. A las dos horas y media de marcha llegamos cerca de la parroquia de La Saleta, que apenas era la mitad del camino que teniamos que andar, salió á recibirme el párroco *M. Perrin*, y tambien lo hizo el Sr. *Peytard*, alcalde del pueblo, el cual habia tenido la bondad de prepararme un caballo: díle las gracias por su atencion, pero no acepté la oferta, porque estaba resuelto á hacer el viaje de peregrinacion á pié. Entramos en la abadía y el Sr. Cura nos ofreció una pequeña refaccion, que aceptamos.

“Entonces nos contó el Sr. *Peytard* el interrogatorio que habia hécho á Maximino y á Melania el dia siguiente al de la aparicion.

“Los puse [*habla el alcalde*] préviamente en cuartos separa-

dos, á fin de examinarlos aparte, y dije á Maximino:—¿Qué es lo que has hecho? Has propagado un cuento que trae á todos revueltos y que ha de producir consecuencias desagradables: no quisiera yo estar en tu pellejo; mas te valiera haber hecho una muerte, que inventado lo que tú y Melania vais diciendo.—¿Inventado? contestó Maximino con viveza: ¿cómo quiere V. que tales cosas se inventen? No hemos dicho sino lo que hemos visto con nuestros ojos y escuchado con nuestros propios oídos.—Y habiéndole dicho que me dijese todo, me dijo: *(Aquí el alcalde refiere todo lo que ocurrió á Maximino y Melania, segun estos se lo contaron, y es enteramente idéntico á la narracion que dejamos puesta en el cap. I.)* Al dia siguiente de aquel hecho memorable *(continúa el alcalde)* se les veía aun dominados por la viva impresion de las cosas que les habian sucedido: sus palabras eran animadas y fogosas, y su mirada centellante daba á su lenguaje, tan cándido y sencillo por otra parte, una fuerza y una luz que llevaban hasta el fondo del alma un convencimiento irresistible: Quise que Maximino me prometiera no hablar mas de este asunto; pero me respondió que, hablando de aquel modo, cumplía con un deber indispensable á que estaba obligado. Tenia yo encima muchas monedas de cinco francos, y se las ofrecí en premio de su silencio; pero las desechó con indignacion, diciendo que aun cuando le diera todos los tesoros del mundo no sería infiel á la obligacion que se le habia impuesto. Entonces lo amenacé con entregarlo á los gendarmes, manifestándole que los resultados de esta prision podrian serle terribles, y me respondió que nada temia; que debia decir y diria, segun se le habia mandado, todo lo que habia visto y oido. Abrigaba yo alguna esperanza de que á lo menos me descubriría el secreto que pretendia habérselo confiado; pero fué tan inflexible en guardar silencio sobre este punto, como resuelto estaba á hablar de lo que decia habérselo prevenido que hablase.

“Tomé luego á Melania en particular, pareciéndome que podia prometerme mejores resultados de una pastorcita tímida por caracter; pero su firmeza en todo fué la misma, y se mostró así como Maximino, superior á todas mis promesas y amenazas. Confieso, Sr. Obispo, que mi incredulidad quedó sojuzgada, y yo

plenamente convencido de que los dos niños nada decian que no fuera muy cierto.”

“Esto es *(continúa el Sr. Obispo)* lo que nos refirió el Sr. Peytard de viva voz; y este alcalde no era un hombre cualquiera, era un hombre de exquisito discernimiento, y con dificultad se hallará quien le aventaje en juicio y en prudencia.

“Saliendo de La Saleta, instóme de nuevo el señor alcalde á que aceptara su caballo para el resto de la cuesta, le dí las gracias sin aceptarlo; pero, confiado él en que me dejaría vencer mas adelante, llevaba el caballo del diestro sin montarlo. El presbítero Lata, mi compañero de viaje, rendido de fatiga, quiso alguna vez aprovecharse de la cabalgadura; pero no tardaba en apearse, porque, estando bañado en sudor, temia los resultados del aire de aquellos montes cercanos cubiertos de nieve. Maximino trepaba algunas veces sobre el caballo con maravillosa destreza, y Melania se dejaba colgar de la grupa; pero Maximino no tardaba en volver á arrojarle en mis brazos, acompañado de Melania, que tornaba modestamente á colocarse á mi lado.

“Llegamos por fin á la tan deseada llanura, pero casi empapados en sudor; afortunadamente nos sirvieron de asilo algunos abrigos de tablas construidos hacia poco. Despues de descansar una media hora, llamé á Maximino y Melania y á todos los demas que componian nuestra romería, y bajamos juntos al lugar de la aparicion. Allí los dos niños á invitacion mia, despues de habernos indicado el sitio donde habian hecho su comida en aquel dia memorable, el otro donde habian reposado, y la altura desde donde habian reconocido la situacion de sus vacas, se pusieron á contarnos cómo se verificó el suceso, que habia desde aquella época atraido á estos lugares tantos miles de personas. Maximino y Melania se habian colocado en el mismo paraje en que se hallaron durante su plática con la Virgen.

“Cuando hubieron terminado la relacion, el presbítero

Lata dijo á Maximino —Hasta ahora no has dicho nada del secreto que pretendes haberte sido confiado, y has hecho muy bien; pero hoy no tienes ya motivo para ocultarlo. Un Obispo es quien ha venido á estos montes, y un Obispo es representante de Jesucristo en la tierra, y puede, por lo mismo, saberlo todo. Por tanto, no debes tener inconveniente en abrirle tu corazon con toda seguridad. Miróme Maximino y respondió.—*Estoy seguro que el mismo Sr. Obispo no me permitirá revelar un secreto que se me ha prohibido descubrir.*

“Aplaudí su respuesta, diciéndole que no debía darse por entendido, á pesar de cuantas instancias pudieran hacerse acerca de este punto; que nada habia tan sagrado como una orden venida del cielo, y que nadie en la tierra tenia derecho para imponerle la obligacion de quebrantarlo. No podré encarecer bastantemente la alegría con que Maximino oyó mi respuesta; eran tales sus demostraciones, que, al parecer, hubiera querido meterme en su corazon.

“El Sr. Peytard, alcalde de La Saleta, tomó al punto la palabra, y le dijo:—Maximino, ¿por qué te haces tanto de rogar sobre esto? Yo sé que has descubierto á otros tu secreto mas de veinticinco veces.—*¡Buena!* replicó Maximino: *¿Con que lo he descubierto? Y ¿qué es lo que he dicho?*—Tú lo dirás, contestó el alcalde: lo cierto es que lo has contado mas de veinticinco veces —*Cuántas queráis,* repitió el pastoreito; *veinticinco, cincuenta, cien veces; lo mismo da.* Y al decir estas últimas palabras huyó rápidamente, como para librarse de importunaciones. Le llamé otra vez, y, queriendo poner fin á todas aquellas pruebas inútiles, invité á todos los asistentes á que se hincasen de rodillas, é hice que Maximino rezara en francés, en alta voz, algunos Padre nuestros y Ave Marias, á que todos nosotros respondimos. Subimos luego al paraje en donde la Virgen Santísima se habia elevado y desaparecido: allí nos arrodillamos de nuevo, y oramos, así como junto al arroyo, por la conversion de los pecadores, por nuestros

parientes y amigos, y por todas las personas que nos interesan.

“Nos levantamos en seguida, é hice una corta exhortacion á las personas presentes acerca de las apariciones de la Santísima Virgen y los designios de misericordia que envolvian. Hice luego una corta deprecacion á Maria, protestándola hallarnos dispuestos á obedecerla con entera sumision.

“Maravillóme extraordinariamente la atencion que prestaban mis oyentes á estas débiles palabras; noté que participaban de mis sentimientos, y quise fueran tambien partícipes de mis cánticos de júbilo y gratitud. Invité por tanto, á que unieran sus voces á la mia en el canto del *Magnificat*, y lo entoné con voz fuerte y animada. Todos los asistentes, eclesiásticos y seglares, hombres y mujeres, cantaron juntos conmigo el cántico de la Virgen. Los ecos de aquellos montes solitarios, y hasta poco ha siempre silenciosos, repetian á lo lejos los acentos de la piedad que cantaban las glorias de Maria.”

Volveremos á hablar de este venerable Prelado en otro capítulo, pues ya que hemos visto la conducta de los niños ante él y ante el alcalde de La Saleta; y del presbítero Lata, vamos á veries ante otros interlocutores, imprudentes algunos, volviendo á tomar la Memoria de los comisionados, los señores Rousellet y Orcel, que dice lo siguiente:

“Nada es mas admirable y extraordinario que la manera pronta, perentoria y decisiva con que los dos niños responden á las innumerables preguntas que se les hacen, ya sea para convencerse el interlocutor, ó ya para la desconfianza con que se recibe todo lo que es maravilloso, ó bien por una obstinada oposicion de algunos á creer en milagros. Sus respuestas contrastan singularmente con lo inculto de su carácter natural y con su ignorancia en todo lo que no tiene relacion con el suceso de La Saleta. Las contestaciones no se hacen esperar jamas; son cortas, claras, enérgicas, y las dan con tanta seguridad como modes-

tia. Menos de media hora bastó el día de la aparición para grabar con rasgos indelebles en su ingrata memoria la relación larga y circunstanciada que vienen haciendo durante estos veinte meses, y menos de un momento es necesario para que encuentren la respuesta á una objeción preparada de antemano y largamente meditada por aquel que la pone. Como prueba de ello véase lo que respondió Melania al presbítero *Legier*, uno de los mas terribles escrutadores de los niños.

Pregunta: Tú no sabias francés, ni ibas á la escuela: ¿cómo has podido acordarte de lo que la Señora te decia? ¿Te lo dijo muchas veces? ¿Te enseñó á acordarte bien de ello?

Respuesta: ¡Oh! No: no me lo dijo mas que una vez, lo recuerdo perfectamente; y aunque yo no comprendiese bien, en diciendo lo que ella me dijo, los que entendian francés lo comprenderian aunque yo no lo comprendiese: esto basta."

Y Melania hablaba así con un tono y un acento que en sí misma tenia la convicción. Véanse ahora otras respuestas que parecen verdaderamente inspiradas, y que han sido oídas en reuniones frecuentemente numerosas y bien preparadas; y no se olvide que hasta aquí ha sido imposible hallar á los niños en contradicción.

A Maximino: La Señora te engañó, Maximino; pues te predijo un gran hambre, y, sin embargo, la cosecha es buena.

Maximino: Y ¿qué me importa eso? Ella me lo dijo: lo demás no me toca.

A esta objeción han respondido los niños otras veces:—*¿Y si se han convertido?* Dando á entender que la amenaza de la Señora habia sido condicional.

—La Señora que vosotros vésteis está presa en la cárcel de Grenoble.

R. ¡Muy listo será el que la coja!

—La Señora que habeis visto no era mas que una nube luminosa y brillante.

R. Las nubes no hablan.

—Muy disipado eres, Maximino, para que te se crea, ¿No te da pena el ver que no creen lo que dices?

R. Ninguna. ¿Decia el profeta Jonás, por ventura: *Creeme ó te mato?*

—¿Cómo! ¿Tú quieres compararte al profeta Jonás?

R. No soy santo como él, y esto es todo, pero hago la misma cosa.

—¿Cómo que haces la misma cosa?

R. Ciertamente que es la misma cosa. Dios no tenia entonces Madre, y envió á Jonás á Nínive; ahora nos ha enviado á su Madre para que digamos lo que ella nos ha dicho, y lo decimos.

Un Sacerdote. Tú eres un mentirosillo: no te creo.

Maximino: No me importa: yo estoy encargado de decíroslo, mas no de hacéroslo creer.

Otro Sacerdote. Eres un mentiroso: no te creo.

Maximino: Pues entonces, ¿por qué venis de tan lejos para interrogarme?

“Nosotros mismos (dicen los autores de la Memoria) hemos presenciado esto mismo en Melania. Estando el 26 de Agosto en el sitio de la aparición con unos cuarenta peregrinos que nos habian acompañado, hicimos repetir á los niños toda la escena del 19 de Setiembre de 1846, día del milagro. Llegados al paraje de donde la Señora desapareció, un cura de Vallonise, de la diócesis de Gap, interrumpió á Melania cuando relataba, diciéndola: *La Señora desapareció en una nube.*

“Melania: No habia nube.

“El cura: Pero es fácil envolverse en una nube y desaparecer.

"Melania [*con vivacidad*]: Pues, señor cura, envuélvase vd. en una nube y desaparezca.

"Y Melania se marchó de entre la concurrencia, diciendo admirada: *Mi mision ha terminado*. El presbítero Alvertin, catedrático del gran Seminario de Grenoble, preguntó á Maximino en otra ocasión: ¿No te enfadas, amable niño, de tener que contar todos los dias unas mismas cosas? Y Maximino le contestó: *¿Y vd., señor cura, se enfada de decir misa todos los dias?*

Los Sres. Repellin, catedrático del Seminario de EMBRUN, Belier, misionero de Valence, y otras personas muy recomendables, confiesan haber recibido de los niños respuestas todavía mas admirables. El citado Sr. Repellin, nos decia en una carta que, habiendo ido en peregrinacion á La Saletá con el párroco de Sérres el 8 de Setiembre, vieron á los niños al dia siguiente, y hablando con ellos durante tres horas, primero con el uno y despues con el otro, y que les respondieron como habian respondido á otros muchos. Que él dijo á Melania: ¿No podria suceder que el personaje maravilloso que viste fuese un mal espíritu que pudiese introducir el desórden en la Iglesia? Ella le respondió:

Señor cura, el demonio no lleva una cruz.

Y continuó el Sacerdote: Pero, amable niña, el demonio llevó á Nuestro Señor Jesucristo á lo alto del templo y de la montaña: por lo tanto, muy bien podria llevar su Cruz.

No, señor, [*contestó Melania con cierta seguridad*]: Dios no dejará llevar así la cruz, pues sobre la Cruz murió.

El cura: Pues él se dejó llevar á sí mismo.

Melania: Pero la Cruz es por la cual salvó al mundo.

Sacerdote: La seguridad de esta niña, la profundidad de su respuesta, cuya hermosura tal vez ella no conocia, me cerraron la boca.

En una reunion, siempre buscando medios para ver si

se contradecian, hicieron entrar repentinamente á Melania, y poniéndola delante de una de las señoras que allí habia, le preguntaron si la hermosa Señora que habia visto en la montaña era de la estatura de aquella ó mas pequeña, y contestó al instante, sin titubear: *Era mas alta*.

Luego se hizo entrar á Maximino, le pusieron delante de la misma señora, le hicieron igual pregunta, y en seguida contestó: *Era mas alta*.

Imposible ha sido siempre hallar en estos niños ni la mas pequeña contradiccion: todos los interlocutores fueron vencidos, cualesquiera que fueran los fines de algunos y la sagacidad que ponian en práctica. En el capítulo que sigue se verán nuevas y mas admirables respuestas de los dos pastorcitos.

VI.

EL SECRETO.

"La Señora (*dicen los comisionados en su Memoria*) confió un secreto á cada uno de los niños, sobre el cual son absolutamente impenetrables. Primero lo dió á Maximino, y en seguida á Melania; pero el uno no sabia que el otro recibia un secreto.

"Despues que desapareció la Señora, dijo Maximino á Melania:—Ella ha estado un rato sin hablar; pero yo la veia mover los labios: ¿qué te decia?—Melania le respondió:—Me ha dicho una cosa; pero no quiero decírtelo, porque me lo ha prohibido:—y Maximino le contestó:—Me

alegro: á mí tambien me ha dicho una cosa, y tampoco te la diré, porque me lo ha prohibido.— Así es como los niños conocieron qué cada uno era depositario de un secreto. Véanse ahora los esfuerzos hechos para obtener su revelación, sus respuestas prontas, sábias, admirables. Salimos garantes de su autenticidad.

“En los primeros dias preguntaron á Maximino:—¿Has escrito alguna vez tu secreto?”

“*Maximino:* No tengo, señor, necesidad de escribirlo; escrito está.

“P. ¿En dónde?”

“R. Aquí [*llevando la mano al corazón.*]

“P. ¿Y si te se olvida?”

“R. ¡Oh! Si se me olvida, Dios me lo hará recordar bien, si le agrada.

“P. Pero si no le agrada, será cosa perdida.

“R. Eso á mí no me concierne: Dios podrá decirlo á otro si conviene.

“*A Melania en otra ocasion:* En hora buena que la Señora te haya prohibido decir el secreto; pero dinos, á lo menos, si ese secreto es relativo á tí ó á otro.

“R. Cualquiera que sea quien tenga que ver con él; ella me ha prohibido decirlo.

“P. ¿Consiste tu secreto en alguna cosa que tú debes hacer?”

“R. Que sea una cosa que yo deba hacer ó no, esto no toca á nadie, ella me ha prohibido decirlo.

“P. Sin duda te ha mandado hacer alguna cosa. ¿La harás?”

“R. Que la haga ó no la haga, esto á nadie toca.

“*El presbítero Chambron:* Dios ha revelado tu secreto

á una santa religiosa; pero mas quiero yo saberlo de tí misma, y asegurarme así de que no mientes.

“R. Pues si esa religiosa lo sabe, ella puede decíroslo: yo no lo diré.

Ya hemos referido antes la escena en que Maximino sostuvo en el paraje de la aparición la negativa á descubrir el secreto, y no obstante los deseos del Sr. Obispo de la Rochelle y los medios que pusieron en acción, á presencia de S. I. y de todo el concurso, el presbítero Lata y el abalde de La Saleta. Véase una nueva tentativa que refiere el mismo diocesano:

“En tiernos diálogos con Maximino llegamos á Corps, [de regreso de la montaña]. Me decia aquel:—¡Ay, señor! No os marcheis esta tarde: ¿por qué nos dejais tan pronto? Habiendo venido de tan lejos; ¿os iriais tan presto? No, no marchareis; quedaos un poco mas tiempo, con nosotros...—Al salir de la Providencia, los eclesiásticos que me habian acompañado dijeron á Maximino.—Hay un medio de obligar al señor Obispo á que se quede, y es que le digas tu secreto.

—“Pues bien, dijo Maximino sonriéndose; si se queda, yo se lo descubriré.

—“El prelado consiente en ello, replicaron los clérigos

—“Sí, respondió Maximino; pero no consiente en que viole yo el secreto.”

Oigamos ahora á otras personas que no nombran los autores de la Memoria, pero que garantizan lo que dicen.

Pregunta á Melania: ¿Vendrá un momento en que dirás tu secreto?

R. Vendrá, ó no vendrá.

P. El ángel de tu guarda, ¿sabe el secreto?

R. Sí, señor.

P. Luego hay alguno que lo sabe.

008793

R. El ángel de mi guarda no es *del pueblo*.

P. Si los ángeles custodios lo saben, concluiremos por saberlo:

R. (*Sonriéndose y encogiéndose de hombros*). Haga vd., pues, que se lo digan.

Véase aquí una cosa singular con respecto á Maximino. "Cuando estábamos en Corps, (hablan los comisionados) supimos que este niño habia ido á ver la representacion de la Pasion, dada por unos actores ambulantes, y al regreso dijo á una de las religiosas del convento donde se educaba: ¡Oh, hermana mia! He visto alguna cosa de mi secreto. Y como repitió esto tres ó cuatro veces, la religiosa nos lo comunicó. Yo (M. Rousset) llamé al niño, y le dije:

—"Es preciso, Maximino, decir aquí la verdad ante Dios que te ha de juzgar. ¿Has revelado alguna cosa de tu secreto?"

"R. Yo, señor, nada he dicho.

"P. ¿No fuiste el otro día á la representacion de la Pasion?"

"R. Sí señor; estuve en ella.

"P. ¿No dijiste al regreso á esa hermana que estaba aquí poco há que habias visto alguna cosa de tu secreto?"

"R. Sí, señor; le dije eso.

"P. ¿Luego tu secreto es referente á la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo?"

"R. Se refiere á ella, ó á otra cosa.

"P. Pues que tú has ido á esa representacion, luego es indudable que á ella pertenece lo que tú has visto.

"R. Pero vd. no sabe lo que yo he visto antes de la representacion, en ella ó despues de ella.

"P. Lo podré saber tomando informes de las personas que te han visto ir, estar allí y volver.

"R. Haga vd., señor, cuanto pueda.

"A esta respuesta; pronta y precisa, no supimos que oponer, y conocimos que era imposible reunir todas esas circunstancias para deducir la que podria tener relacion con alguna cosa de su secreto. Nos pareció que solo Dios puede dar á los niños semejante lenguaje."

A Maximino en otra ocasion: Tú debes decir el secreto á tu confesor, pues para él no debe haber nada oculto.

R. Mi secreto no es un pecado, y en confesion no está uno obligado mas que á decir los pecados.

P. Si fuera preciso morir ó decir tu secreto, ¿qué harias?"

R. [*Con firmeza*]. Moriré; no lo diré.

P. Si el Papa te pidiese tu secreto, te verias obligado á decirselo, pues el Papa es mucho mas que la Virgen.

R. ¿El Papa mas que la Virgen? La Virgen Santísima es la Reina de todos los Santos. Si el Papa cumple bien con su deber, será Santo; pero muy inferior á la Virgen, mas si no cumple su deber, será mas castigado que los demas.

M. Gerent, capellan de las religiosas de la Providencia de Corence, á Maximino: No quiero pedirte tu secreto; pero ese secreto es, sin duda, dirigido á la mayor gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Será, pues, conveniente que se sepa despues de tu muerte. Ve aquí lo que te aconsejo. Escribe tu secreto en una carta, que tú mismo cerrarás; la remitirás al archivo del señor Obispo, y despues que este muera y tú tambien, se leerá la carta, y habrás guardado el secreto.

R. ¿Y si alguno se tienta á abrirla? ...Ademas yo no sé quiénes son los que van á ese archivo. El mejor archivo está aquí. [*Señaló con la mano la boca y el corazon.*]

Otro cura. Tú tienes gana de ser sacerdote; pues bien: dime tu secreto, y yo me encargaré de tí, y escribiré al

señor Obispo, quien te facilitará gratis los estudios y te dará las órdenes.

R. Si para ser sacerdote he de revelar el secreto, jamas lo seré.

Oigamos ahora al Sr. Dupanloup, Obispo de Orleans, en una carta que se ha hecho célebre, escrita y publicada por él mismo despues de haber pasado tres dias en La Salleta, en cuyo escrito pinta á los niños como inspirados: hablando del secreto, dice lo siguiente:

“Es preciso observar que ningunos hombres acusados de crímenes ante los tribunales, han sido perseguidos con preguntas y diligencias para descubrirse sus delitos, como lo son estos pobres niños de dos años á esta parte: se conoce que serian radicalmente incapaces de tanta presencia de ánimo si lo que dicen no fuera verdad. Se les ha visto conducir (*algunas veces como se conducen los malhechores*) al lugar de la revelacion ó de la impostura. Ni los personajes mas graves ó distinguidos les desconciertan, ni las amenazas ni las injurias les espantan, ni las caricias ni la dulzura les hacen ceder, ni los mas largos interrogatorios les cansan, ni la frecuente repeticion de todas estas pruebas, ensayos y dificultades les hallan en contradiccion, estén juntos ó separados. Pero nada de esto les impide para mezclar contrastes bizarros que les son naturales. Una vez se nota la grosería de su educacion, otra cierto mal humor, otra una extrema dulzura, tranquilidad, sangre fria imperturbable, ó mas bien una discrecion, una reserva impenetrables á todos, padres, compañeros, amigos, conocidos; al universo entero. Este es el tercer testimonio de verdad que yo he observado en estos niños.

“Respecto al secreto que cada uno de ellos tiene, jamas han manifestado que el uno sepa el del otro. Sus padres, sus amos, sus maestros, sus párrocos, sus compañeros y miles de peregrinos les han interrogado sobre esto; les han pedido una revelacion cualquiera; se han hecho para ello los mayores esfuerzos; pero ni la amistad, ni el interés, ni

las promesas, ni las amenazas, ni la autoridad civil, ni la eclesiástica, nada ha podido inclinarles á decir cosa alguna sobre el particular: de modo que, despues de dos años de tentativas, nada se sabe, absolutamente nada.

“Yo mismo he hecho los mayores esfuerzos para penetrar el secreto: algunas circunstancias singulares me han ayudado á lanzar estos esfuerzos mas lejos que otras personas, y he creido un momento conseguir mi objeto: véase como.

“Llevé conmigo al pequeño Maximino á la montaña, é hice cuanto pude para ganar su corazon. Al llegar á la cima, alguien de los que iban con nosotros le dió una estampa que representaba una batalla, y en medio de los combatientes se veia un sacerdote cuidando los heridos. Se le figuró que yo me parecia á este eclesiástico, y aunque le dije que se equivocaba, permaneció en la idea de que yo era. Desde este momento se puso en gran familiaridad conmigo: me aproveché de ella, y nos hicimos los mejores amigos del mundo.

“Volvimos de la montaña; le hice almorzar conmigo, se colgaba de mi brazo; hablaba de todas las cosas, como suele decirse, hasta por los codos; pero cuando yo traia la conversacion hácia lo único que me interesaba, me respondia breve y sencillamente. Todo lo que tenia relacion con el asunto de la Santísima Virgen era siempre para él una cosa aparte y separada de nuestra conversacion, cortaba por lo corto aun en el calor de sus habladurías. El fondo, la forma, el tono, la voz, la precision de lo que me decia entonces era todo repentino, singularmente grave y religioso: luego pasaba á cualquiera otro asunto de conversacion la mas familiar.

“Entonces volvia yo á mis esfuerzos é insinuaciones las mas diestras para aprovechar su dispacion y libertad de hablar, con el fin de hacerle entrar en lo que me interesaba, que era el secreto; lo hacia de modo que él no lo observase ni lo quisiese; queria ver en claro esta alma, cojerla en defecto, y sacar de ella la verdad que estaba en

el fondo de su corazón; pero debo confesarlo, todos mis esfuerzos desde la mañana fueron completamente inútiles, pues en el momento en que yo creía conseguir mi objeto y obtener alguna cosa, todas mis esperanzas se desvanecían, todo lo que me imaginaba que iba á coger se me escapaba de repente, y una respuesta del niño me volvía á sumergir en todas mis incertidumbres.

“Esta reserva absoluta me pareció tan extraordinaria en un niño, diré aun mas, en un ser humano cualquiera, que sin hacer una violencia que á mi propia conciencia habria repugnado, me estimuló á ir mas lejos y á ensayar los últimos recursos para vencerle en alguna cosa y sorprender al fin su secreto.

“Llevaba yo un saco de noche cuyo candado se cerraba y abría sin llave; vióme abrirlo, y quiso saber cómo lo hacía. Le respondí que era un secreto, y aprovechando esta circunstancia, le dije:—Hijo mio, es mi secreto; no me has querido decir el tuyo, tampoco yo te diré el mio.—No es lo mismo, me respondió, porque á mí me han prohibido decirlo y á vos no.—La contestacion era perentoria; pero como si yo no la hubiese entendido, continué en el mismo tono, diciéndole:—Ya que no has querido decirme el tuyo, tampoco te diré el mio.—Insistió; excité yo mismo sus instancias y su curiosidad; abrí y cerré misteriosamente el candado sin que pudiera comprender el secreto, y tuve la crueldad de mantenerle de este modo, anheloso y apasionado, durante algunas horas, en cuyo intervalo volvió el niño á la carga diez ó doce veces.—Te lo diré, le contestaba yo; pero dime tambien tu secreto.—Al oír estas palabras tentadoras; volvió á aparecer el niño, religioso, y su curiosidad se extinguía: momentos despues volvía á preguntarme, pero yo le daba la misma contestacion. Viéndole inmutable, cedí al fin, y le enseñé el secreto del candado. Saltó entonces de gozo, y abrió y cerró varias veces el saco de noche.

“Sin embargo, muy pronto volví yo á probar otra vez su constancia con un tono mas grave, pues una circuns-

tancia particular hacia que yo tuviese entonces una considerable suma de dinero en oro.

“Mientras que Maximino andaba en el cuarto de mi posada mirando todos mis efectos, tocándolos y manoseándolo todo como un atrevidillo rapazuelo, vió el bolsillo con el dinero, lo echó sobre la mesa, lo contó, hizo montoncitos, los deshizo, y volvió á rehacerlos. Al verle tan encantado y gozoso con el dinero, pensé que habia llegado el momento tan deseado para mí de experimentar y conocer con certidumbre su sinceridad. Le dije:—*Mira, hijo mio: si me dices de tu secreto lo que puedas decirme, yo podré darte ese oro para tí y para tu padre; os lo daré todo al instante, sin que os inquieteis con respecto á mí, pues tengo otro dinero para continuar mi viaje.*

“Entonces ví un fenómeno moral, extraordinario por cierto, y todavía estoy sobrecogido al contarlo. El niño estaba enteramente absorto y entusiasmado con el oro; se gozaba mirándolo, tocándolo y contándolo; pero repentinamente, al oír mis palabras, cambió todo; se puso triste; se alejó bruscamente de la mesa y de la tentacion, y me dijo:—*Señor, no puedo*—Insistí diciéndole:—*Sin embargo, ahí hay lo bastante para hacer la felicidad de tu padre y la tuya.*—Y me respondió otra vez.—*No puedo.*—Pero lo hizo con un tono tan firme, al paso que sencillo, que me sentí vencido. No obstante, para disimularlo, le dije con un aire que afectaba desagrado, desprecio é ironía.—*Quizá no me quieres decir el secreto porque no tienes ninguno, y lo habrás supuesto por chanza.*—Me pareció que se habia ofendido de estas palabras, y me respondió con viveza.—*¡Oh! Sí, señor, tengo uno; pero no puedo decirlo.*—*¡Quién te lo ha prohibido?*—*La Virgen Santísima*

“Cesé desde entonces una lucha inútil: *conoci que la dignidad del niño era mas grande que la mia.* Puse con cariño y respeto mi mano sobre su cabeza; tracé una cruz en su frente, y le dije:—*Adios, mi querido niño; espero que la Virgen María me disimulará todas las instancias que te he hecho: procura ser toda tu vida fiel á la gracia*

que has recibido.—Y algunos momentos despues nos separamos para no volver á vernos.”

Todo comentario es inútil al frente de estas confesiones del señor Obispo de Orleans, publicadas en Francia y en Bélgica, y copiadas en el folleto que, como resultado de su peregrinacion á La Saleta, dió á luz en Inglaterra el señor Obispo de Birmingham.

Mas no concluyen aquí las pruebas sublimes de la fidelidad de los dos pastorcitos en la guarda del secreto. Daremos otras en el capítulo que sigue aun mas admirables, hasta que lo revelaron con las mayores precauciones al Soberano Pontífice cuando, segun se presume, recibieron del cielo el permiso para hacerlo,

VII.

CONTINUACION DEL SECRETO, REVELACION AL PAPA Y AUTORIZACION PARA DECLARAR EL MILAGRO DE LA APARICION.

El señor Obispo de Grenoble habia recibido ya la Memoria de sus delegados, los Sres. Rousselot y Oreel: se habia dado cuenta de ella y de todos los antecedentes y documentos auténticos ante la gran junta creada para examinarlos, y se examinaron en ocho sesiones que esta celebró, siendo la última el 13 de Diciembre de 1847: sin embargo de todo esto, aun no habia pronunciado la decision doctrinal deseada por todos los Obispos, canónigos, sacerdotes y demas que habian visitado La Saleta y con-

venciéndose de la verded de los hechos. Estaba en relaciones con Roma, y esperaba sin duda alguna cosa.

En este estado llegó el mes de Marzo de 1851, y supo por conducto del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Leon, que el Soberano Pontífice habia manifestado algun deseo de conocer los secretos que guardaban los niños. Con este motivo dió comision á su secretario, Sr. *Auvergne*, y el presbítero *Rousselot*, para instruir á los dos pastorcitos de la obligacion en que estaban de obedecer al Santo Padre, si este les daba mas adelante órden de confiarle los secretos. Los dos eclesiásticos eligieron horas diferentes para ver á los niños, y cada uno les vió por separado. En esta nueva serie de diligencias se dejan ver otra vez la sabiduría y el tesoro de los niños. Véase como refiere el señor Obispo de Birmingham estas entrevistas, pues lo que dice es lo publicado por los citados comisionados.

“El 23 de Marzo de 1851 se presentó el Sr. *Auvergne* en el Seminario en que se educaba Maximino, y tomándole en particular, le dijo:—Maximino, vengo á hablarte de una cosa importante. ¿Me prometes no decir á nadie lo que voy á decirte?”

“R. Sí, señor.

“P. ¿Crees tú que la Iglesia tiene el derecho de examinar y de juzgar todos los hechos religiosos, apariciones, visiones, etc.?”

“R. Sí, señor.

“P. Para juzgar estos hechos, ¿no tiene el derecho, no es de su obligacion el informarse de las circunstancias que les acompañan?”

“R. Sí, señor.

“P. ¿Puede la Iglesia engañarse?”

“R. No, señor.

“P. Si pues el Papa te pidiera tu secreto, se lo darías ¿no es verdad?”